

TRANSCRIPCIÓN DE LA HOMILÍA DE MONSEÑOR D. CARLOS OSORO, ARZOBISPO DE MADRID

*Vísperas inicio del Jubileo Dominicano. Monasterio de Santo Domingo el Real (Madrid)*

7 de noviembre de 2015

Queridos padres provinciales, queridos padres dominicos, queridas hermanas de la Familia Dominicana, queridos laicos de esta Familia Dominicana que hoy estáis aquí presentes en este momento entrañable para la Orden como es esta apertura de este año Jubilar que lo hacéis precisamente en esta fiesta de Todos los Santos de la Orden.

Yo quisiera hacer más las palabras que acabáis de escuchar del apóstol Pablo en la Carta a los Filipenses. Por experiencia personal vivida, en concreto, sobre todo en las diócesis anteriores donde he estado tanto en Asturias como en Valencia, pero ahora aquí también junto a vosotros, me va a permitir el apóstol San Pablo que diga sus palabras y haga esta confesión: Yo doy gracias a Dios cada vez que menciono los dominicos y que sería imposible entender la evangelización de Asturias o la evangelización de Valencia sin la presencia de los dominicos. Y lo hago además con alegría aquí en mi nueva archidiócesis de Madrid por vuestra presencia, por vuestra entrega, porque durante 800 años siguiendo las huellas de Santo Domingo habéis sido colaboradores de la obra del Evangelio en circunstancias muy diversas en todas las latitudes de la tierra donde os habéis hecho presentes y donde habéis hecho posible que tantos hombres y mujeres de la Familia Dominicana hiciesen que la obra del Evangelio fuese creíble. Por eso yo quisiera que este momento fuese un momento en que vieseis que la Iglesia os lleva muy dentro, muy dentro de sus entrañas.

Habéis sido parte muy importante durante estos 800 años de un modo singular de anunciar el Evangelio con pruebas muy diferentes, pero sin embargo, compartiendo un privilegio que os llegó a vuestra vida y a vuestro corazón el día que Nuestro Señor, a través de la Familia Dominicana, os hizo descubrir que también vosotros podíais incorporaros a este anuncio del Evangelio con la singularidad y el carisma que Santo Domingo hizo presente en la Iglesia y el Señor quiso que a través de él fuera una riqueza para este mundo. Os digo la verdad, no es por decirlo, aquí hay alguno que lo sabe. Testigo es Dios, dice San Pablo, de lo mucho que os quiero. Yo la verdad es que, perdonad pero mi gran aspiración había sido siempre llevar un hábito de dominico que siempre me gustó mucho. Os aprecio mucho y os agradezco lo mucho todo lo que en los lugares en los que he estado me habéis ayudado.

Yo en este día quisiera deciros tres cosas fundamentalmente. Primero, que demos gracias a Dios. Demos gracias a Dios por esta Orden, en toda su amplitud, en toda la diversidad que tiene porque está haciendo posible que el Evangelio se conozca, que la Buena noticia se conozca. Demos gracias a Dios porque lo hacéis con alegría. Demos gracias porque lo hacéis también con valentía, abriendo caminos, aun a veces no siendo entendidos, pero sin embargo estáis abriendo caminos donde, muchas veces, si no fuese por vosotros, no se conocería a nuestro Señor. Tened la seguridad que el Señor os quiere y esto basta.

Por eso es verdad lo que hace un instante nosotros rezábamos en ese salmo que todos juntos hemos cantado, el salmo 88: "Cantaremos siempre las misericordias del Señor". El amor de Dios que se ha acercado a nuestra vida en muchas circunstancias, y la fidelidad de un Dios que no nos ha abandonado. Cantaremos siempre a un Dios que ha hecho que este linaje que es la Familia

Dominicana y que pertenece al linaje de nuestro señor Jesucristo y las entrañas de Nuestro Señor como es la Orden de Predicadores y toda la Familia Dominicana anuncie que todo es de Dios y que solamente Dios tiene fuerza y poder para cambiar todo lo que existe y todo lo que está mal, y todo lo que hiere al ser humano. Demos gracias a Dios, a Santo Domingo. Tenemos aquí la pila bautismal en la que él recibió la vida nueva, la vida de Jesucristo. Me agrada mucho que hayáis puesto la pila. Tengo devoción especial a las pilas bautismales. Cada vez que voy a mi tierra, por lo menos sin duda una vez al año, paso por la parroquia en la que me bautizaron y beso la pila bautismal porque es lo más grande que he recibido: la vida misma de Cristo. Y que traigáis aquí la pila bautismal donde alguien recibió esa vida de la también vosotros sois partícipes porque el Señor le regaló tantos dones, tanta fuerza, tanta capacidad de entusiasmo y de entusiasmar a los demás, que sería imposible esto si no hubiese asumido esa vida con todas las consecuencias, entender que hoy aquí en Madrid estemos celebrando los 800 años del nacimiento de esta familia.

En segundo lugar, yo quiero deciros que el Señor nos llamó a vivir en la fe y a vivir como peregrinos. Hoy es muy importante entender la vida como una peregrinación. Y es importante este anuncio que comenzó a hacer de una manera singular y especial y con unas características singulares Santo Domingo y después de toda la Familia suya a través de todos los siglos hasta hoy. Y digo que es muy importante porque hay momentos en la historia en que no encontramos peregrinos, encontramos vagabundos. Al vagabundo igual le da estar en un sitio que otro con tal de que le den algo para vivir, un rinconcito para dormir. El peregrino sabe hacia dónde tiene que caminar, tardará más o menos, irá dando curvas y se lanzará por caminos muy diferentes, pero sabe cuál es su meta. Queridos hermanos el Señor os llamó a vivir en la adhesión absoluta a Jesucristo y como peregrinos sabiendo, que hay una meta que es la vuestra y es la que predicáis también. En definitiva es hacer verdad lo que el salmo 97 hace un momento nos decía: "Cantemos un cántico nuevo", hay un pentagrama nuevo, hay una música nueva que está inscrita en ese pentagrama. Y es que en Nuestro Señor Jesucristo está la victoria del hombre, en Nuestro Señor Jesucristo está el camino del hombre, está la verdad del ser humano y esto es lo que vosotros intentáis o habéis intentado durante 800 años anunciar y predicar. Ver las maravillas que hizo y que hace Dios es la gran tarea, la gran misión que tenéis. Hacer descubrir precisamente en este año jubilar en que se va a dar al mismo tiempo el año de la misericordia, es la gran tarea que habéis realizado durante 800 años la Orden de Predicadores y toda la Familia Dominicana: regalar la misericordia de Dios, hacérsela experimentar a los hombres, y por otra parte ser fieles al Señor. Ojalá sigan diciendo de vosotros que tenéis la manga ancha. Tenéis la manga ancha para amar a la gente. Seguid haciéndolo. Seguid regalando el amor del Señor a los hombres. Esta es la manga que necesitamos, y no otra.

En tercer lugar, queridos hermanos y hermanas, ocupad la vida en ser predicadores de la gracia de Dios. Ocupad la vida en salir a los caminos reales de los hombres, donde están y no donde nosotros quisieramos que estuviesen. Porque muchas veces anunciamos un Evangelio para nosotros, no para los demás. Porque, como estamos convencidos que el camino es este... Pero hombre, si el ser humano va por allá, vete allí, donde está el ser humano, anúnciale ahí donde está él. "Es que no me gusta". Pues allí es precisamente donde tienes que hacer. Ocupad vuestra vida en ser predicadores de la gracia en los lugares y situaciones reales donde están los hombres. Por eso tiene sentido este cántico que hemos hecho: "*Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas. Él nos ha sacado. Él es imagen de Dios invisible. Por Él fueron creadas todas las cosas. Él es cabeza del cuerpo que es la Iglesia, es el primero*". Y si el primero entró en los caminos de la historia donde estaban realmente

viviendo los hombres, y entró a curar las heridas reales de los hombres, ahí tenemos que ir los que le seguimos. No podemos estar por otro sitio.

Él quiso entregar y que residiera la plenitud de la vida y que la alcanzaran los hombres en las situaciones concretas en que estaban. Por eso, queridos hermanos y hermanas, este Jubileo, estos 800 años de la Orden de Predicadores, 1216 a 2016, tiene que ser un año que tenga esas tres palabras: gracias, llamados y ocupados. Gracias a Dios; llamados a vivir la fe como peregrinos y regalando la meta que nosotros tenemos a los hombres; y ocupados, ocupados en regalar la gracia del Señor, el amor y la misericordia de Dios en el lugar concreto donde están los hombres. Así lo hicisteis durante 800 años, siguiendo las huellas de Santo Domingo. Seguid haciéndolo en este momento de la historia y la vida de los hombres, donde quizás es más necesario que nunca acercar la novedad y la alegría del Evangelio al corazón y a la existencia de todo ser humano. Haciéndolo, no por ganancias especiales, sino convencidos por la gracia que ha acontecido en nuestra vida, de que esto es lo mejor porque fue lo mejor para nosotros y es lo mejor para todos los que nos encontramos en el camino de la vida. Que así sea.